

# ACTAS DEL VI CONGRESO INTERNACIONAL DE LA ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL

(Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995)

Edición a cargo de  
José Manuel Lucía Megías

## TOMO I



Servicio de Publicaciones  

---

Universidad de Alcalá

1997

Quedan reservados todos los derechos, ni parte ni la totalidad de este libro puede ser reproducido por cualquier medio, ya sea mecánico o electrónico, sin el permiso de los editores.

Comité Organizador:

Carlos ALVAR  
María del Carmen FERNÁNDEZ LÓPEZ  
Sonia GARZA  
José Manuel LUCÍA MEGÍAS  
Joaquín RUBIO TOVAR  
Pedro SÁNCHEZ-PRIETO BORJA  
María Jesús TORRENS

En la edición de *Las Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* han colaborado Pedro Sánchez-Prieto Borja, Joaquín Rubio Tovar, M.<sup>a</sup> Carmen Fernández López, M.<sup>a</sup> Jesús Torrens y Paciencia Talaya.

© Anónimas y colectivas  
© Universidad Alcalá  
Servicio de Publicaciones

I.S.B.N. (Obra completa): 84-8138-207-8  
I.S.B.N. (Tomo I): 84-8138-208-6

Depósito Legal: M-29893-1997

Imprime: Nuevo Siglo, S.L.

## ARTES DE BIEN MORIR: PARA VIVIR MEJOR

Emilio Blanco  
Universidad de La Coruña

Vivir, naturalmente, nunca es fácil. Pero si la tarea del existir cotidiano se presenta como un penoso dolor en no pocas ocasiones, el trago de la muerte es por lo general mucho más amargo. Tanto, que incluso quien arranca de partida con salvación garantizada pretende pasar de la libación de tan acerbo cáliz.

El miedo a la muerte está presente en todas las épocas y personas, hasta en aquellos casos en que una creencia trascendente alienta la confianza en algún tipo de vida posterior. Es esa esperanza, de origen cristiano en el mundo occidental, la que imposibilita, al menos desde el punto de vista doctrinal, una de las soluciones más dignas que había propuesto y practicado con éxito el mundo antiguo: la del suicidio como ejercicio del tránsito voluntario antes de que la decrepitud física o la fortuna, la mala fortuna, haga insoportable de todo punto la peripecia vital.

Esta última solución, sin embargo, venía condenada a lo largo de la Edad Media no sólo desde la legislación religiosa, sino también desde el ángulo del pensamiento religioso y moral. San Agustín lo condena incluso para el caso de las vírgenes violadas<sup>1</sup>. Pero no sólo los pensadores religiosos secundan conceptualmente la legislación. Aun quienes ejercen su tarea de escritores desde ámbitos ajenos a la Iglesia se sirven de otros géneros para censurar la muerte voluntaria. Sólo así se comprende el varapalo de Fernando del Pulgar a la valiente decisión de Catón, personaje no sólo leído, sino también admirado en su persona a lo largo de toda la Edad Media y el Renacimiento:

Loan los istoriadores romanos por varón de grand ánimo a Catón, porque se mató no pudiendo con paciencia sufrir la vitoria de Çésar su enemigo. Y no sé yo, por cierto, qué

<sup>1</sup> San Agustín, *La ciudad de Dios*, en *Obras completas*, eds. y trads. S. Santamarta y Miguel Fuertes, Madrid, BAC, 1988, vols. XVI-XVII. El pasaje aludido, en I, xvii, 1-2.

mayor crueldad le fiziera el Çésar de la que él se fizo, porque repugnando la natura y el común deseo de los ombres fizo en su persona lo que todos aborrescen fazer en la agena. E adornan su muerte, diciendo que murió por aver libertad. Y ciertamente no puedo entender qué libertad puede aver para sí, ni para dar a otro el ombre muerto. Así que como aya grande razón para loar su vida, no veo que la aya para loar su muerte, porque anticiparse ninguno a desatar aquel conjuntfssimo y natural atamiento que el ánima tiene con el cuerpo, temiendo que otro le desate, cosa es más por aborrecer que para loar<sup>2</sup>.

Parece, pues, que anticipar el desenlace no contenta para nada a los autores que se instalan en la literatura desde un punto de vista doctrinal o moral, aunque no así a aquellos que escriben al amparo de la ficción (piénsese, por caso, en la muerte por ingesta de papel del Leriano de la *Cárcel de amor* o en el vuelo regenerador de Melibea).

Así las cosas, da la impresión de que no hay más remedio que esperar pacientemente la llegada de la Dama Negra. O no tan pacientemente, porque el hecho de ignorar el momento exacto del tránsito parece que generó gran inquietud en la mentalidad medieval. Hay toda una serie de autores que desde bien pronto van a dedicar parte de sus obras a combatir ese miedo a la muerte. Podrían haber recurrido a las enseñanzas de los antiguos, y aquí serían legión quienes, desde Homero hasta Plutarco, pasando por un largo equipo integrado por Cicerón, Herodoto, Quinto Curcio, Salustio, etc., podrían venir en apoyo de un desprecio de la muerte. Eso por no hablar de Séneca, el delantero centro de la escuadra citada, que es sin duda la autoridad más traída y llevada por todos estos escritores, pero no con la frecuencia que se esperaría, dado el uso que del autor cordobés hace toda la Edad Media.

No es difícil dar con las razones que llevan a silenciar estas voces. Pero que los clásicos permanezcan mudos, o tartamudos, no quiere decir que los pensadores medievales silencien el asunto de la muerte. A partir de cierto momento, casi la totalidad de los autores de obras de carácter moral incluirán en sus libros algún tipo de reflexión sobre ella, tendencia que aumenta a medida que se llega y se avanza en el siglo xv.

San Buenaventura, por ejemplo, dedica el capítulo XIII de su *Enseñamiento del corazón* a probar que es gran señal de perfección desear la muerte sin ningún temor. Las autoridades que emplea son de carácter bíblico y los argumentos son bien conocidos: es mejor el día de la muerte que el del nacimiento, porque el cristiano es al morir cuando nace realmente a la verdadera vida; recuerda también los bienes que reporta el desprecio de la muerte, o el infierno que espera a quienes tienen llagada la conciencia<sup>3</sup>.

El *Floreto* atribuido por lo general a San Bernardo y contenido en los *Auctores octo*, una de las lecturas obligatorias para cualquier alevín de bachiller que pasase por una escuela, dedica el último capítulo a la muerte y sus consecuencias («de morte et eius sequela»). Allí aparecen, en esencia, buena parte de los considerandos que más tarde

<sup>2</sup> Fernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*, ed. R. B. Tate, Madrid, Taurus (Temas de España, 160), 1985, p. 90.

<sup>3</sup> San Buenaventura, *Enseñamiento del corazón*, Toledo, Juan Varela de Salamanca, 1510, s. f. (B.N.M. R-31.600).

serán habituales en las *Artes de bien morir*: con buena vida no hay muerte súbita, por eso hay que tener un ánimo fuerte para en el momento de la muerte soportar con el apoyo de la fe cristiana las tentaciones del Malo. Ayudarán en esa tarea los actos de contrición y los piadosos como persignarse, así como una fe firme. Y desde luego, existe la posibilidad de salvarse con el arrepentimiento de última hora, por malo que uno haya sido<sup>4</sup>.

En textos tan tempranos como los de San Buenaventura o el citado de los *Auctores octo* están ya lo que serán los tópicos de las *Artes de bien morir* medievales. La crítica ha señalado otros libros como precedentes o contemporáneos del género: el *Horologium eterna sapientiae* de Enrique Suso, que dedica uno de los capítulos de su segundo libro a «De scientia utilissima homini mortali est scire mori», donde señala la utilidad del saber morir, dado que hay poquísimos que controlen el tema, porque la mayor parte de la gente malgasta el tiempo en juegos vanilocos, en tonterías y demás banalidades. Por ello, cuando llega el momento, no están preparados y los sorprende la muerte<sup>5</sup>.

En Castilla, sirven como testigos el *Libro de los enxemplos por abc*, que dedica varios de ellos a probar que siempre hay que temerla (ccxxiii), que la muerte del santo es dulce y la del pecador amarga (ccxxiv) o que hay que tenerla siempre en la memoria (ccxxv)<sup>6</sup>; o el *Espejo de conciencia*, en donde se indica también cómo el enfermo, estando a la hora de la muerte, se debe aparejar<sup>7</sup>: tras poner en orden sus bienes materiales (f. xvi<sup>v</sup>), debe hacer diligente confesión, esto mediante la búsqueda de un sacerdote entendido y discreto que le sepa ayudar (f. xvi<sup>v</sup>); también estará dispuesto para combatir las tentaciones del diablo en el cuadro de la muerte, que obedecen a cuatro causas (explicadas en f. xviii<sup>v</sup>); y sobre todo queda patente la benignidad de la Extrema Unción para sanar espiritualmente al moribundo, que le limpiará en parte o en todo, tanto si el enfermo todavía anda en uso de razón como si no (f. xvii<sup>v</sup>). La casuística es bien clara: siempre la gracia del Sacramento otorga la salvación a quien se le administra.

Por citar un último caso de estas inserciones de capítulos sobre la muerte en obras romances, piénsese en el *Libre de vicis e de virtus* de Laurentius Gallus, una de cuyas partes, sin serlo específicamente, se asemeja en la denominación a un arte de bien morir: «En aquest tractat apren hom a be morir»<sup>8</sup>, dice la rúbrica, donde vuelven las

<sup>4</sup> *Floretus*, en *Auctores octo*, Vallisoleti, Petrus Giraeldi et Michael de Planes, c. 1497, s. f. (B.N.M. I-515): «Vix bene viventem vidi prave morientem. Non est mors subita quam consociat bona vita. [...] Sis animo fortis instanti turbine mortis. Sis bene contritus confessus menteque punctus. [...] Sed ne sis victus caveas tunc demonis ictus. Nam nunc conatur plus demon et insidiatur. [...] Quantumcumque malus fueris poteris fore salvus. Si bene contereris in fine libensque fateris», etc. Véase más adelante para las penas del infierno y del purgatorio, así como los gozos del paraíso o el número de los cielos.

<sup>5</sup> Enrique de Suso, *Horologium eterna sapientiae*, Alosti, Theodoricus Martini, c. 1487, s. f. (B.N.M. I-2.117).

<sup>6</sup> *Libro de los enxemplos por a.b.c.*, ed. P. Gayangos, Madrid, Atlas (BAE 51), 1952.

<sup>7</sup> *Espejo de conciencia*, Logroño, Arnao Guillén de Brocar, 1507 (B.N.M. R-4.749). Se trata de los capítulos XI («De cómo el enfermo, stando a la hora de la muerte, se debe aparejar») y XII («De los efectos y provechos que haze la Extrema Unción») del libro III.

<sup>8</sup> Laurentius Gallus, *Libre de vicis e de virtuts* (B.N.M. ms. 6.291, ff. 1-110; el llamado «tractat», en ff. XXVIII-XXIX).

consideraciones habituales: «Apreu a morir si vols ben viure, car qui be no apren a morir no pot saber qué es ben vivre», «Tot hom deu saber que tota aquesta vida es una mort», «En altra manera te vull ensenyar aquest enteniment: que tu sapies ben morir e ben vivre». Otra de las obras fundamentales sobre la muerte a fines de la Edad Media es el *Cordiale quattuor novissimum*, que resume lo fundamental del *ars moriendi*, con versiones españolas<sup>9</sup>.

Entre todas estas obras (y pasajes), precedentes y paralelos a las artes de bien morir, destaca, por la influencia que tuvo durante el fin de la Edad Media, y sobre todo por la impronta que dejará en los autores humanistas algo más tarde, la *Imitatio Christi*, que pondrá las bases del menosprecio del mundo y, por lo tanto, de la aceptación resignada de la muerte. Dedicamos los capítulos liii y liv del libro III de su obra al día de la eternidad y las angustias de esta vida, y a la vida eterna, respectivamente. Es, sin embargo, en el libro primero donde se aborda de forma más detenida, y sobre todo de manera más interesante, el tratamiento de la muerte<sup>10</sup>. Tanto en el capítulo xxii («De la consideración de la miseria humana») como en el xxiii («Del pensamiento de la muerte») se insiste machaconamente en la posibilidad de enmendarse durante la vida para gozar de una buena muerte. Hay que pensar en el presente, y no en el futuro, porque si hoy no se está aparejado para morir, será difícil estarlo cuando llegue el momento de verdad:

Ermano, tú no pierdas la confiança de aprovechar en las cosas espirituales, ca aún tienes tiempo e hora. ¿Por qué quieres dilatar tu propósito? Levántate, e comienza en un instante, e di: «Agora es tiempo de fazer. Agora es tiempo de pelear. Agora es el tiempo conveniente para enmendarse» (cap. xxii).

¡O, ceguedad e dureza del corazón humano, que solamente piensa lo presente e no provee a lo porvenir! Assí te devrías haver en qualquier negocio e pensamiento como si luego hoviesses de morir. [...] Si hoy no estás aparejado, ¿cómo lo estarás manyana? El día de manyana es incierto, e ¿qué sabes si serás manyana vivo? [...] Si de gran temor es el morir, quizá es más peligroso el vivir luengo tiempo. Bienaventurado el que tiene siempre la hora de la muerte delante sus ojos e se apareja cada'l día a morir. Quando fueres de manyana, piensa que no has de llegar a la noche, e quando fuere de noche, no oses prometer de ver la manyana. (cap. xxiii).

La conclusión está muy clara: menosprecio del mundo, que dará gran confianza de morir gloriosamente, y vivir de tal forma que en la hora fatal pueda uno alegrarse en

<sup>9</sup> *Quattuor novissima cum multis exemplis pulcherrimis et de terroribus mortis cum eterne beatitudinis gloria*, s. l., s. i., s. f. (B.N.M. I-2.117). Contiene una primera parte, donde se habla «de morte corporali», «quod meditatio morti facit hominem se humiliare», «quod meditatio morti facit hominem omnia contemnere», «quod mors facit hominem proximam acceptare», seguida de consideraciones sobre el juicio final, el infierno y el reino de los cielos. Cf. D. Briesemeister: «Die Überlieferung der *Ars moriendi* in Mittelalterlichen Spanien», en *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, Madrid-Oviedo, Gredos-Universidad de Oviedo, 1985, pp. 381-395, en p. 384.

<sup>10</sup> *De remedar a Christo e del menosprecio de todas las vanidades del mundo*, atribuida en portada a Jean Gerson, Zaragoza, Pablo Hurus, c. 1490, s. f. (B.N.M.: I-2.157). Puede verse también la traducción de fray Luis de Granada de la *Imitación de Cristo*, ed. fr. Luis G. Alonso Getino, Madrid, Aguilar, 1957, pp. 120-128.

vez de temer: «Aprende agora de morir al mundo para que entonces comiençes de vivir con Christo» (cap. xxiii).

Pues bien, el mismo proceso descubierto hasta ahora, es decir, del paso de unos rituales que permiten la salvación a unas actitudes vitales que la propician, puede verse en la primera y segunda etapa del género que se denomina habitualmente «artes de bien morir». Por eso todas ellas sirven para vivir mejor.

Con el nombre de *Arte de bien morir* se titula un libro piadoso de reducido volumen, ilustrado y anónimo, que habría de tener una gran difusión en la segunda mitad del siglo XV<sup>11</sup>. Consta por lo general de un reducido número de capítulos que, en principio, tienden a asegurar la salvación al hombre enfermo o agonizante por medio de la práctica de una serie de ceremonias. En esencia, todos esos mandamientos se encierran en dos versiones, lo que podríamos denominar como los dos arquetipos esenciales del primitivo «arte de bien morir». Una versión larga, definida habitualmente por las siglas CP, designación que obedece a que el comienzo en latín reza en todos los casos «Cum de presentis...»; y una más corta, etiquetada como QS, porque las primeras palabras son «*Quamvis secundum Philosophum*»<sup>12</sup>. El arte «largo» se divide en seis partes bien diferenciadas: una introducción general sobre el arte de morir, a la que siguen las tentaciones del moribundo, las preguntas que se le formularán, las oraciones que le conviene rezar, y por fin cómo deben comportarse los que le rodean y los rezos apropiados para estos últimos. Se trata, pues, de un ritual del moribundo, donde se indican las acciones y jaculatorias, así como las palabras que se dirigirán al enfermo en cada caso, lo que debe decir el agonizante (o alguien en su lugar en el caso de que éste no pueda), así como las oraciones (en latín) que han de salmodiar los presentes. Esta versión larga se ha conservado sobre todo de forma manuscrita y sin grabados.

La versión corta se reconoce también fácilmente, porque no es más que el segundo momento de la versión larga, precedido de una introducción y una conclusión<sup>13</sup>, con la particularidad de que gozó del beneficio de la imprenta, por una parte, y de que va ilustrada con once grabados que se corresponden en esencia con cada una de las cinco tentaciones y la respuesta con la ayuda del Ángel a cada una de ellas. Frente al carácter fundamentalmente práctico de la primera, esta segunda versión corta incide sobre todo en aspectos doctrinales relacionados con las tentaciones.

Todos esos tratados tienen por objeto, al menos así se afirma desde el título, ayudar a superar el trance de la muerte al moribundo. Sin embargo, parece claro que pocas de las personas que se encontrasen en esa tesitura podrían dedicar unas horas a leer un tipo de libro donde lo más habitual era la taracea de citas bíblicas y patrísticas. Ni el ánimo ni las condiciones físicas se lo permitirían. Así, aunque se ha dicho que este tipo de obras propedéuticas se incluye en un vasto proceso de evangelización de seglares poco instruidos, parece más probable que su función habitual, independientemente de su

<sup>11</sup> A. Tenenti, *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento*, Torino, Einaudi (Biblioteca di cultura storica, 175), p. 62.

<sup>12</sup> R. Chartier, «Les arts de mourir, 1450-1600», *Annales ESC*, XXXIV (1976), pp. 51-75, p. 52.

<sup>13</sup> Chartier, *loc. cit.*, p. 52.

título y del destino que le diese su anónimo autor, fue la educación del clero, que asumiría todos los argumentos para trasladarlos al enfermo en el lecho de muerte. Vienen a confirmar la hipótesis, en primer lugar, los grabados que acompañan a la versión breve, que probablemente usaba el sacerdote que asistía al moribundo para instruirle sobre las tentaciones, caso de que el nivel de consciencia lo permitiese. Y en segundo lugar, el encabezamiento de algunos de estos libros, donde se recomienda que el que lo lea al moribundo no se lo cuente todo de una tirada, sino que discrimine los pasajes más necesarios en función de la gravedad del enfermo<sup>14</sup>. Lo más que se podría aceptar, pues, es que el elemento secular leyese estos libros durante etapas sanas de su vida y que eso sirviese como preparación para cuando llegase la hora.

A finales de nuestra Edad Media empieza a correr una brisa de Renacimiento en varios países europeos, más fuerte en unos que en otros. Si es verdad que el hombre nunca amó tanto la vida como en ese final de la Edad Media<sup>15</sup>, las artes de bien morir van a ser el instrumento empleado por la Iglesia para reemplazar la antigua visión macabra de la muerte, plenamente medieval, y desdramatizar el paso a la vida ultraterrena<sup>16</sup>.

A la hora de valorar la importancia de estos libros en la mentalidad de fines de la Edad Media, conviene tener en cuenta su difusión. Según Roger Chartier, se han conservado unos 234 manuscritos de estas primeras versiones del *Arte*<sup>17</sup>, de los cuales la mayoría - 126- están en latín, mientras que en lengua vulgar, la parte del león se la lleva el alemán (con 75)<sup>18</sup>, seguido ya por conjuntos de en torno a la decena por el inglés, el francés o el italiano. A tenor de esa conservación manuscrita, sólo superada por la *Imitatio Christi*, esta versión primitiva del *Arte de bien morir* está casi a la altura del *De regimine principum* de Egidio Romano (unos 300 manuscritos) o del *Roman de la Rose* (unos 250)<sup>19</sup> y desde luego muy por encima de la mayor parte de libros escritos durante el siglo xv. Sucede, sin embargo, que el número dado por Chartier se puede incrementar, puesto que no recoge la mayor parte de la tradición española, al indicar solamente un manuscrito catalán.

La situación en la Península es bien distinta a esa, puesto que de la versión larga se han conservado varios manuscritos en castellano (en Madrid, los hay al menos en el Escorial, en el Palacio Real, en la Biblioteca Nacional, y se conserva otro en Toledo<sup>20</sup>). En valenciano hay otro manuscrito que se guarda en la Biblioteca del Real Colegio de Corpus Christi de la ciudad del Turia<sup>21</sup>. Es en catalán, sobre todo, y debido probablemente

<sup>14</sup> Así en el manuscrito del Palacio Real (II-795): «Comiença el tratado que se llama art de saber bien morir, enpero dévesse avisar el que lo leirá al enfermo que no lo lfa todo en una vegada, mas a estondadas, e pare bien mientes si deve començar al principio o al medio o a la fin, segunt verá la afección e la disposición del enffermo e la manera y el spacio del tiempo o la cuyta de la enffermedat o malaltía» (f. 213r).

<sup>15</sup> Ph. Aries, *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus (Ensayistas Serie Maior, 229), p. 117.

<sup>16</sup> A. Morel d'Arleux, «Los tratados de preparación a la muerte: aproximación metodológica», *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro*, Salamanca, Universidad, 1993, pp. 719-733, p. 722.

<sup>17</sup> R. Chartier, *loc. cit.*, p. 53.

<sup>18</sup> R. Rudolf, *Ars moriendi. Von der Kunst des heilsamen Lebens und Sterbens*, Köln, Graz, 1957.

<sup>19</sup> Tomo los datos del artículo de Chartier, p. 53.

<sup>20</sup> D. Briesemeister, *loc. cit.*, pp. 391-392.

<sup>21</sup> S. García Aracil, «Un manuscrito inédito valenciano del siglo XV, titulado *Art de ben morir*», *Anales Valentianos*, 2 (1976), pp. 371-414.

a su mayor proximidad y conexión con el mundo europeo, donde más ejemplares se encuentran: ocho en total, que Ángel Fábrega y Grau clasificó en cuatro familias<sup>22</sup>, pero cuya filiación no parece haberse hecho muy concienzudamente<sup>23</sup>. Junto a ellos, se conserva una traducción castellana y otra catalana de la citada versión breve con los once grabados, que se inspiran en modelos europeos aunque su remate es mucho más tosco<sup>24</sup>.

Todo ello sitúa a la Península a una altura europea, al menos en cuanto al nivel de difusión en romance que hubo en Inglaterra, Francia o Italia. Conviene analizar entonces estos breves textos para emitir alguna conclusión sobre su influjo en el pensamiento medieval y renacentista. Todos ellos siguen la estela europea, tanto en el caso de la versión larga como de la breve, y todos ellos buscan ayudar a vivir mejor, pero no tanto por enmendar las costumbres del destinatario de la obra cuanto por asegurar la salvación eterna mediante el dolor de contrición y el arrepentimiento verdadero en el último trance. Basta arrepentirse para obtener el perdón divino, lo que en cierto modo viene a justificar (aunque no se diga) cualquier tipo de vida anterior, siempre y cuando al final uno tenga un último acto de piedad.

Vale como ejemplo la traducción de la obra del italiano Bartolomeo Maraschi realizada por Rodrigo Fernández de Santaella. En la tercera parte, «De las preguntas que deven ser fechas a los que están en el capítulo de la muerte», se indica lo siguiente:

Aquel a quien fueren fechas estas preguntas, si de buena voluntad y conciencia y de buena fe no enfengida, mas verdaderamente, pudiere responder a ellas, argumento evidente es de salud del ánima. E si de aquella enfermedad muere, será del cuento de los que se an de salvar« (f. 10r)<sup>25</sup>.

Ocurre lo mismo con los pecados. Basta con decir algún salmo con verdadero arrepentimiento para conseguir el perdón de todos los pecados y la remisión de todas las penas (ff. 11r-12r). La misma propuesta en los manuscritos de El Escorial y de Palacio<sup>26</sup>.

Pueden ponerse más casos. En una de las versiones catalanas, que se conserva en el ms. 480 de la Biblioteca de Cataluña y en el d-IV-19 de El Escorial, se lee al fin: «Qui aquestes confessions lealment farà en la vida hi en la mort, pot fermament creure e estar ab segura confiança e esperança que es en estament de salvació»<sup>27</sup>.

<sup>22</sup> Á. Fábrega i Grau, «Els primitius textos catalans de l'Art de ben morir», *Analecta Sacra Tarraconensia*, 28 (1955), pp. 79-104.

<sup>23</sup> D. Briesemeister, p. 386.

<sup>24</sup> El ejemplar en castellano se encuentra en la Biblioteca del Monasterio de El Escorial (32-V-19). La edición catalana está en la Biblioteca de Cataluña: hay ed. facs. de P. Bohigas, Barcelona, Torculum, 1951. Para las ilustraciones, véase C. Cantarellas, «La versión española del *Ars moriendi*», *Traza y Baza*, 2 (1973), pp. 97-105. No he podido ver lo que creo son otros dos ejemplares de la versión breve (uno también con ilustraciones) que se encuentran en la Biblioteca Colombina (cf. S. de la Rosa y López, *Biblioteca Colombina. Catálogo de sus libros impresos*, Sevilla, Imp. de E. Rasco, 1888, t. I, pp. 159-160).

<sup>25</sup> Ms. 6.485 BNM. V. también el manuscrito de Palacio, ff. 229-230.

<sup>26</sup> En el de El Escorial (sign. h-III-8), cf. f. 138v, pero v. también el recto. En el de Palacio, los folios 218v-228r se dedican a «algunas doctrinas e actoridades que conuertan e dan sperança al bien morir», donde se intenta convencer al enfermo, entre la narración de la tercera y la cuarta tentación, de que existe la posibilidad de salvarse siempre.

<sup>27</sup> Cito por la edición de Fábrega, p. 104, pero aparece en un manuscrito catalán de la Biblioteca de El Escorial (d-IV-19, ff. 57v-58r).

La impresión es siempre la misma. Basta con recurrir a una serie de fórmulas y oraciones de última hora para reservarse automáticamente una entrada en el reino de los cielos. Hasta donde alcanzo, la situación previa a 1500 es idéntica en toda Europa. Excepto en un caso de Italia. Me refiero a la *Predica dell'arte del ben morir* de Jerónimo Savonarola, que se sirve del título del conocido librito de piedad del xv para invertir totalmente los términos de la muerte en este tipo de obras. Queda clara su condición de sermón que se abre con una introducción genérica donde se señala el apego a la vida y el odio a la muerte como algo connatural al hombre. Por ello es superfluo indicar que vamos a morir. De lo que se trata, dice el dominico, es de fijar el pensamiento de la muerte en la vida del hombre para ser feliz<sup>28</sup>, propuesta que, dicho sea de paso, recoge un antiguo *desideratum* que volvían a poner de moda los humanistas<sup>29</sup>. Savonarola establece un tríptico en su sermón en función del destinatario: sanos, enfermos y los que están muy graves. A cada uno de ellos le corresponde una carta o ilustración alusiva a su situación en este mundo, y es fácil encontrar los mismos considerandos que veíamos en las artes de bien morir «clásicas»: preparar todo para morir en paz (familia, testamento), las tentaciones del diablo, incluso las mismas citas en ocasiones que se veían en los otros libros.

Sin embargo, todo ello se desarrolla mediante un tratamiento nuevo, no sistemático, frente a las clasificaciones y rígido orden de los libros anteriores. Al ingenioso artificio de las tres pinturas correspondientes a cada uno de los estados, el predicador añade: a) ejemplos de la Escritura que le sirven para comparar unos hombres con otros, como la mención de Salomón para demostrar que algunos animales son más sabios que el hombre (*Proverbia*, 30, 24-28; ff. 211r-212v); b) citas de clásicos, pero siempre tamizadas por la sabiduría cristiana; c) símiles, como cuando recomienda hacerse unas gafas de la muerte (f. 217r); y d) expresiones coloquiales que acercarán la exposición al auditorio: el diablo juega el ajedrez contigo e intenta darte jaque mate (f. 214r).

La conclusión es la misma que ya se había visto en el caso de la *Imitatio Christi*: «...ognuno attenda a ben vivere si vuole ben morire» (227r). La diferencia estriba en que la exposición ya no sigue los ordenados parámetros escolásticos y ahora se hace en función de ejemplos y de citas. La retórica ha sustituido al lenguaje científico. Pero hay algo más que huele a nuevo: a resultas del ejemplo citado de Salomón, el dominico compara a los hombres sin ingenio pero con buenas obras con los letrados, y dice que la bondad de los primeros vale más que la ciencia de los sabios (f. 216r). La declaración huele al Petrarca del *De sui ipsius et multorum ignorantia*<sup>30</sup>. Savonarola está instalado

<sup>28</sup> H. Savonarola, *Predica [...] dell'arte del ben morire*, en *Molti devotissimi trattati del R. P. Fr. H. Savonarola*, Venecia, Al Segno della Speranza, MDXLVII (B.N.M. U-5.265), f. 210v.

<sup>29</sup> V. Platón, *Fedro*, 67d, 80e-81a; Cicerón, *Tusculanae*, I, xxx, 74; San Isidoro, *Etimologiae*, II, xxiv, 9; Hugo de San Víctor, *Didascalicon*, en *PL*, CLXXVI, col. 751a; y sobre todo, al efecto que me interesa, Petrarca, quien defiende en varios de sus libros (tanto si escribe en secreto como a los familiares, contra los médicos o batallando con la fortuna) que la filosofía, o la vida del sabio, es una meditación de la muerte.

<sup>30</sup> V. la trad. al cuidado de F. Rico en Petrarca, *Obras. I. Prosa*, Madrid, Alfaguara, 1978, pp. 198-199: «gracias a esas obras [las de los lógicos] me he vuelto más sabio, quizá, pero no mejor, como debía. [...] Las palabras de nuestros escritores en cambio, se dirigen al corazón...». Vale igual parte del libro segundo del *Secretum*, p. 67: «¿De qué te ha servido tanto leer? De tu mucha lectura, ¿cuánto ha quedado en tu espíritu, ha echado raíces en él, produce frutos en el tiempo oportuno?».

ya en contenidos y expresiones del Humanismo, y eso se nota hasta en la forma de exponer su particular *ars moriendi*, lo que le aleja de todos los demás autores medievales.

Aquí se ha fijado el límite de 1500. A partir de esa fecha, y por toda Europa pero especialmente en España, la denominación «artes de bien morir» seguirá siendo productiva durante siglos, y sobre todo en los de Oro<sup>31</sup>. Los títulos más famosos quizá (y sólo quizá) sean los de Alejo Venegas y de Juan Eusebio Nierenberg. Es Erasmo quien renueva el género en 1533 con su *De preparatione ad mortem* (traducida al castellano con el título de *Preparación y aparejo para bien morir*), donde ya se aprecian los ejemplos clásicos y el influjo claro de la *Imitatio Christi*, aunque la renovación debía flotar a esas alturas por el ambiente europeo, dado que fray Antonio de Guevara maneja algunos años antes los mismos argumentos que el de Rotterdam. Lo que debe quedar claro, en cualquier caso, es que fuera del ejemplo citado de Savonarola, la denominación «artes de bien morir», pese a que sigue vigente después de 1500, sirve para denominar libros totalmente distintos, por más que el marbete siga siendo, en multitud de casos, exactamente el mismo. Si las anteriores a 1500 ayudaban a vivir mejor por la relajación que daba el saber que el arrepentimiento de última hora garantizaba la salvación, los renovadores del género (Savonarola, Erasmo, Guevara...) van a defender, a zaga del Kempis y no sólo como declaración general de principios, sino a lo largo de toda su exposición sobre el asunto, que la mejor preparación para la muerte es una vida buena y honesta.

<sup>31</sup> F. Martínez Gil, *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Madrid, Siglo XXI, 1993. V. especialmente las pp. 643-648.